

Teillier póstumo

671.596

El poeta se exhibe en su amplia sensibilidad a lo largo del libro "Prosas". En el volumen, el legendario poeta fallecido en Viña en 1996 habla de temas tan variados como la poesía de Dylan Thomas, el esoterismo nazi y el sueño de la Unidad Popular

Vine, vi y bebí. Por esos rumbos marcha la cosa con Jorge Teillier, eso en términos atrocemente prosaicos, aunque de todos modos válidos. Un ejemplo radical es el libro "Prosas", trabajo recientemente publicado por Editorial Sudamericana, donde el poeta que agonizó hace cuatro años en Viña del Mar muestra el singular abanico de sus intereses y, sobre todo, de su sensibilidad. Así, conviven en el volumen artículos periodísticos y otros más académicos, que tocan obras poéticas, lecturas imprescindibles, ambientes cotidianos, observaciones políticas e incluso reflexiones en torno a La Pequeña Lulú y al hitlerismo esotérico descrito por Pauwels y Bergier en "El retorno de los brujos".

Lo que se lee en "Prosas" entrega una dimensión de Teillier que más se intuía que se probaba, puesto que nunca antes se habían reunido en un corpus único sus variados trabajos prosísticos de los años 60 a 80. Con ellos en las manos se sigue completando una figura que da para mucho más que aquellos demasiado endulzados "lares" o, mejor, que los llevan a una progresiva y necesaria justeza, pues Jorge Teillier fue un poeta de fuerza triste y no ese rosáceo cultor de nostalgias que las señoritas en flor, de todas las edades y cualquier sexo, suelen mencionar en sus monólogos grupales.

Al efecto, esto de la fuerza triste-Teillier como el Dylan Thomas de Lautaro. Y Lautaro a Fishguard (en cuyos bares se pueden ver marineros tejiendo) como La Frontera a la mágica Gales de colinas negras y oscuras.

"Y la muerte no tendrá señorío./ Aunque las gaviotas no vuelvan a chillar en sus oídos/ ni las olas estallen ruidosas en las costas/ aunque no bro-

ten flores donde antes brotaron, ni levanten/ ya más la cabeza al golpe de las lluvias;/ aunque estén locos y muertos como clavos/ las cabezas de los cadáveres martillarán margaritas; / estallarán al sol hasta que el sol estalle,/ y la muerte no tendrá señorío".

Así sea, dijo Teillier a estos versos de Thomas, suscribiendo plenamente ese sentir tan ajeno al sentimentalismo de baratillo.

¿Otro ejemplo?

"El sol quiere llegar al árbol de nuestra sangre,/ derribarlo y hacerlo cenizas,/ para que conozcamos a los visibles sólo para la memoria/ de quienes alguna vez resucitaremos en los granos/ de trigo o la ceniza de los roces a fuego,/ cuando el sol no sea sino una antorcha fúnebre/ cuyas cenizas creeremos ver desde otras galaxias".

Así, Jorge Teillier en una de las "Crónicas del Forastero".

UN HOMBRE COMPLEJO

Incapaz de freír bien un huevo, Teillier abandonó bien pronto los azares de la existencia práctica, optando por una vital metafísica que enaltecía los tangos de Gardel, admiraba la avaricia del Tío Rico McPato, avivaba los puñetazos de Godfrey Stevens en el mítico Caupolicán y corría por una autógrafa del entrenador de la selección de fútbol de Polonia. Una metafísica en cierta manera de mentira, lanzada hacia la poesía como arte esencial, como canto de la frustrada presencia del hombre en la tierra.

En "Prosas" esa faceta se ilumina con crónicas tan simples como la reseña sobre "La Pequeña Lulú" que apareció en la revista Plan, de Santiago, en 1969. Allí el poeta recomienda vender inteli-

gencia y comprar asombro y describe la pasión por las historietas como una lucha amable contra el mundo normal, en busca de un espacio distinto de aquel signado por las leyes convencionales.

También, a propósito del carácter cierto de Teillier, sirven aquellos escritos sobre la verdad del chileno, particularmente aquel hartito referido a nuestro racismo inveterado y nuestra pretensión de no ser indios sino europeos blancos. "Sobre esto -dice Teillier- recuerdo que Joaquín Edwards Bello contaba que fue testigo de un desfile de marineros chilenos en Londres, y que los ingleses creían presenciar la llegada de una armada japonesa".

Teillier exhibe en "Prosas" su legendaria sapiencia literaria y su nulo temor al juicio. Al tiempo que critica los lugares comunes en que sueña caer Rolando Cárdenas, celebra a poetas olvidados, comenta la crisis de la novela chilena, presenta facetas poco conocidas de Ray Bradbury, Saint-John Peres y Heinrich Schliemann y ofrece una lista de comidas y bebidas comunes entre los piratas, sin olvidar la receta de un ponche bucanero: 4 litros de agua, hervida junto a cuatro cucharadas soperas de romero miché y dos cucharadas de té seco. Una vez hervida se le agregan 1/2 libra de azúcar molida y 10 terrones de azúcar bien quemados. Una vez fría la mezcla, se le echa una botella de aguardiente o ron y una hoja de naranjo..

En suma, la edición de prosas realizada por Ana Traverso abre puertas y, sobre todo, actualiza el genio de uno de los poetas más originales de nuestro tan manido acervo.